



Vasili Grossman  
**Eterno reposo y otras  
narraciones**

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

VASILY GROSSMAN

# Eterno reposo y otras narraciones

Traducción de  
Andréi Kozinets

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

## Abel (6 de agosto)

### I

Esa noche, las hierbas y las hojas despedían un aroma intenso; el silencio era diáfano y suave. Los pesados pétalos de las grandes flores blancas se habían teñido de rosa en el parterre delante de la casa del capitán. Una sombra se posó sobre ellas: había llegado la noche. Las flores lucían su blancura como si estuvieran talladas en piedra compacta y pesada, incrustada en una densa oscuridad de color azul. Las aguas tranquilas que rodeaban la isla y que durante el día traían bochorno y olor a algas marinas habían trocado su color verde y amarillo, primero en rosa y luego en violeta; las olas rompían contra la orilla con un ruido intermitente, amenazador, y finalmente una oscuridad húmeda y sofocante envolvió la reducida tierra insular, con su palmeral y el alto mástil plateado de la antena que se erguía sobre las dependencias de la base.

Las señales luminosas verdes y rojas de los hidroaviones, amarrados en la bahía, oscilaban en la no-

che; habían aparecido las estrellas: brillantes y gruesas como mariposas o flores o luciérnagas que habitaran en la espesura asfixiante y enlodada de un cenagal.

El calor, pesado como una enorme suela de hierro, seguía aplastando la tierra de la isla a pesar de que ya había anochecido; ni una pizca de frescor ni de brisa, sólo el bochorno habitual, húmedo y agobiante, que perlaba las sienes de sudor y hacía que la camisa no se despegara de la piel a causa de la transpiración.

En la terraza, arrellanados en unos sillones de cuero trenzado, descansaban los miembros de una tripulación. Una camarera de piel morena, con gafas grandes y redondas, ataviada con una toca y una bata blanca almidonada, les había servido en una bandeja la comida y había colocado sobre la mesa tazas con té negro helado.

Barents, el comandante de la tripulación, tenía manos menudas de niño, y uno se preguntaba cómo era capaz de sostener con aquellos dedos finos el timón de una aeronave que sobrevolara el océano.

Sus compañeros, sin embargo, sabían de sobra que, dentro de la extensa nómina de efectivos de la Fuerza Aeronaval de Estados Unidos, el nombre del teniente coronel Barents figuraba entre los cinco primeros de la lista. Los camaradas que habían compartido misiones con él y lo visitaban en casa no acertaban a relacionar a aquel as de la aviación, reservado, impasible y tenaz, con el diminuto anfitrión

que, enfundado en un delantal de hule y con una pequeña regadera de color verde en la mano, disertaba profusamente a propósito del color y la forma de los tulipanes que cultivaba en su jardín.

Black, el copiloto, tenía fama de melancólico. Había ido perdiendo pelo de modo uniforme en toda la superficie de su cabeza. Al echar una mirada al cuero cabelludo de Black, que blanqueaba a través de unos pelos ralos, a uno le entraba una sensación de aburrimiento. Aunque también Black tenía su pasión: creía hallarse en ciernes de descubrir una nueva fórmula de organización social que asegurara un florecimiento económico y una paz universales. Mientras tanto, y hasta que dicho descubrimiento se llevara a cabo, se empleaba como piloto de un bombardero cuatrimotor.

El tercer miembro de la tripulación, el radiotelegrafista Dill, se debatía entre dos pasiones antagónicas: la glotonería y el deporte. Hasta hacía poco había jugado al baloncesto en un equipo de la Fuerza Aeronaval, pero su desmedida afición por la comida le había llevado a engordar seis kilos y, en consecuencia, a salir del equipo para convertirse en hinch. Dill era culto, conocía bien la teoría, por lo que los seminarios de electrónica que impartía a los mecánicos y motoristas de la base gozaban de una gran popularidad.

El capitán Mitscherlich, guapo, delgado y de pelo tirando a cano, conocía bien su oficio, lo mismo que el resto de la tripulación. Hasta 1941 había dado cla-

ses en la Escuela Superior de Aeronáutica, pero al estallar la guerra se alistó como voluntario y fue destinado en uno de los regimientos del Pacífico. De él se creía que un amor infeliz le había destrozado el corazón, hecho que podía explicar el cinismo con que abandonaba a sus amantes.

El quinto miembro de la tripulación, el artillero Joseph Connor, un chico de veintidós años, rubicundo y de ojos claros, acumulaba pocas horas de vuelo, aunque durante las prácticas en la escuela de pilotos siempre había sido el mejor. En el regimiento, ostentaba varios récords: reía más que nadie, nadaba mar adentro más lejos que ninguno y era el que más cartas con letra de mujer recibía. Sus compañeros se burlaban de él a causa de esas cartas, pero quien le escribía no era otra que su madre, lo cual, por demás, le sonrojaba. No soportaba las reuniones en las que se consumía alcohol, aunque organizaba en secreto sus propios festines: tomaba leche con nata acompañando cada trago con una cucharada de mermelada de melocotón. Escribía cartas a casa dos veces a la semana.

La tripulación llevaba ya alrededor de una semana de inacción total, tras haber sobrevolado las islas de Japón cada noche hasta entonces.

Aquella inactividad, sin embargo, sólo le pesaba a Connor; el resto no lo pasaba nada mal. Barents se había dedicado a trasplantar, dentro de unos tiestos que había improvisado con unas latas de conserva vacías, ciertas plantas bulbosas de flora silvestre que

crecían en la isla. Su intención era conseguir aclimatarlas en su tierra natal, por lo que estaba preparando a toda prisa un envío a Estados Unidos, una misión que correría a cargo de un amigo suyo que pilotaba aviones de carga.

Mitscherlich se pasaba las noches jugando al póquer con los intendentes y el encargado del depósito de combustible; cuando empezaba a soplar el viento del nordeste, que refrescaba el ambiente, retozaba con Molly, una camarera aborígen de grandes tetas que, a juzgar por su rostro, no tenía más de quince años.

Durante el día, Dill trabajaba en un gráfico mediante el cual fuera posible anticipar el resultado final de cualquier partido de baloncesto. Era una tarea laboriosa que exigía procesar datos acumulados durante años, por lo que Dill necesitaba recurrir a matemáticas superiores. Por la noche se dirigía a la cocina, donde se preparaba una cena con pescado local de carne suave, fruta, verdura y especias que había traído de Estados Unidos. Comía despacio, concentrado, sin invitar a nadie; en caso de que la composición de sabores le resultara poco clara, repetía el mismo plato varias veces, con las cejas arqueadas y los hombros encogidos.

El melancólico Black se pasaba días enteros en la hamaca, con una pila de diarios y libros. Mientras hacía anotaciones en los márgenes con lápices de colores, se dormía de pronto, como si se precipitara dentro de un pozo de aire.

Connor nadaba mucho, escribía cartas a su madre y leía novelas. Era tan inocente que no paraba mientes en que las jóvenes secretarias y las camareras, éstas últimas reclutadas entre la población aborigen, que trabajaban en la base estaban enamoradas de él. Cuando Connor, de piel bronceada y ojos azules, ataviado con su uniforme y su gorra blancos, con la toalla echada sobre el hombro como si acabara de salir de la portada de una revista ilustrada, regresaba de la playa, la reducida población femenina de la isla se revolucionaba y hacía uso de su propio sistema de comunicación inalámbrica, que transmitía el mensaje: «Ha regresado de la playa».

Los oídos femeninos habían aprendido a reconocer el ruido que producían los cuatro motores del bombardero en que volaba Connor. Cuando la aeronave tomaba tierra, el aviso de «ha llegado» recorría la isla. Con todo, el joven rompecorazones y devorador de mermelada permanecía tan ignorante, distante e inocente como de costumbre.

En una ocasión, la morena Molly confesó a Mitscherlich, su amante, que estaba dispuesta a quererle para siempre, a no ser que en algún momento al artillero de ojos azules se le insinuara. De ser así, aseguró, ni su afecto por Mitscherlich ni aun las consideraciones prácticas le impedirían abandonar a éste para echarse en brazos de aquél. A lo que Mitscherlich respondió, dándole palmaditas en la espalda: «Yo, en tu lugar, haría lo mismo». Eso no le impidió luego burlarse, en presencia de Dill y Black, de su



rival, mientras Connor, acurrucado en la hamaca, leía una novela con la boca abierta. «He aquí una maqueta de hombre hecha de cartón piedra: un joven idiota desprovisto de caracteres sexuales primarios», dijo Mitscherlich señalando a Joseph.

Dill se echó a reír, sorprendido por la mala leche con que el brillante Mitscherlich había tratado a Connor; el filósofo y melancólico Black, mientras tanto, hizo gala de su don de leer los corazones humanos.

–¡Resígnese, viejo, eso no tiene remedio! –dijo.

En apariencia, nada o casi nada unía entre sí a aquellos tripulantes de un hidroavión de guerra reunidos en una isla del Pacífico por orden del Estado Mayor. A pesar de ello, tenían un rasgo en común: cada uno de ellos poseía un talento singular y era un destacado profesional en su especialidad. Se les había confiado una aeronave cuyo grupo motopropulsor era de una perfección insólita y que estaba dotada de equipos electrónicos, visores de bombardeo y otro material con gran cantidad de innovaciones técnicas. A pesar de que estaban familiarizados con las nuevas tecnologías, al principio no se sintieron del todo seguros con una nave cuyo modelo no era de serie. Su inseguridad era similar a la de un campesino que, acostumbrado a manejar el arado manual o un motor a queroseno, se pusiera de repente al volante de un Buick.

Volaban a menudo, durante horas y horas. Estaban ocupados día y noche. Cuanto peores eran el

tiempo y la visibilidad, cuanto más fuerte soplaban el viento y más extenso era el frente de tormenta, tanto más probable era que les ordenaran despegar.

El capitán explicaba que aquellos vuelos eran de reconocimiento y que las fotografías aéreas tomadas durante la misión se consideraban de suma importancia por el mando.

Aunque todo indicaba que su verdadero objetivo no era el reconocimiento, sino el entrenamiento en sí. Entre los miembros de la tripulación, Connor era quien más consciente era de ello, ya que cada vez que salían en una misión, la aeronave se pertrechaba con bombas cuya forma y peso no eran los convencionales. Desde luego, no eran *fougasses* ni tampoco bombas incendiarias. Al explotar a distinta altura, provocaban una nube de señales, compacta y oscura. Su lanzamiento requería tener en cuenta toda una serie de factores, que se comprobaban luego al analizar las fotografías tomadas durante el vuelo. Era de esperar que Connor le cogiera rápidamente el truco a aquella labor, carente de sentido según su punto de vista. Pocos días antes, la tripulación había sido convocada al despacho del capitán, donde les habían hecho firmar unos papeles en los que se comprometían a no revelar la información confidencial que se les iba a proporcionar. A continuación, el capitán les habló sobre un arma nueva y, acto seguido, todos juraron guardar en secreto el contenido de aquella conversación.

Es habitual entre los militares escudarse tras de la coartada de que se limitan a obedecer órdenes de sus

superiores. Así, deben ser éstos los que tomen decisiones, den directrices y se devanen los sesos; los subalternos ya tienen bastante con poner en riesgo su vida.

Tras varias decenas de vuelos, los miembros de la tripulación habían llegado a compenetrarse y formaban un grupo perfectamente coordinado, algo indispensable dondequiera que se trabaje en común: en una fábrica, una mina o un barco pesquero.

Lo que no habían conseguido era crear un auténtico vínculo humano, que tanto ayuda a sobrellevar la carga del monótono trabajo diario, aparte de dar luz y calor a la vida.

Esa noche, mientras cenaban, se dedicaron a gastarse bromas mientras espiaban a la nueva camarera que reemplazaba a Molly, enferma de malaria. Como la mayor parte de las personas que, por su trabajo, arriesgan constantemente su vida, jamás se paraban a pensar en el sentido de la vida y de la muerte, ni siquiera Black, que se creía un filósofo. Para ellos, la muerte constituía uno de los gajes del oficio de aviador, su supremo fracaso profesional, resultante de la negligencia y del que nadie estaba a salvo. Desde esa perspectiva, la muerte de un piloto durante una misión no se consideraba un golpe de mala suerte o un suceso de carácter místico, sino la consecuencia directa de un desperfecto técnico, un error de navegación, una argucia táctica de la aviación y la artillería antiaérea enemigas, de la cantidad de revoluciones del motor o de la meteorología.

Cuando un aviador o toda una tripulación caían en combate, ellos se limitaban a preguntar: «¿Qué es lo que les ha pasado?». Sin embargo, no se daban por satisfechos con respuestas del tipo «los motores del ala derecha sufrieron una avería mientras el avión enfilaba el objetivo» o «el cañón quedó inutilizado en el preciso instante en que el piloto tenía al caza enemigo en el punto de mira».

Ellos querían saber, además, las causas por las que los motores se habían averiado o el cañón había dejado de funcionar, aunque tampoco les satisfacía la explicación adicional de que había fallado el contacto, se había interrumpido la inyección del combustible o que en el momento del retroceso el cargador automático del cañón se había quedado bloqueado.

Cuando por fin reconstruían en su totalidad la cadena de fallos que habían provocado la pérdida de la aeronave, la muerte de quienes la habían pilotado resultaba algo natural, como parte un proceso técnico.

Pocas veces el error humano era el verdadero causante de la tragedia: cierto piloto había perdido el juicio en el transcurso del vuelo, otro estaba borracho, a otros dos les fallaron los reflejos y, en consecuencia, habían perdido el control del aparato. Aunque también en esos casos la cuestión se reducía a problemas técnicos: en última instancia, fallaba el motor y no la persona. En definitiva, eso era lo que contaba.

A veces, cuando bebían juntos, los pilotos no podían evitar sincerarse. Se mire por donde se mire,

uno es humano y tiene padre, madre y tal vez hermanas. Y si encima es aviador y está casado, el menor fallo en el motor puede dejar viuda y huérfanos.

Esa noche, aunque ninguno estaba especialmente borracho, a los tripulantes les dio por filosofar.

–No olvidéis –comenzó Black– que la muerte de un piloto de guerra acarrea la pérdida de otras vidas humanas.

Mitscherlich, por su parte, añadió que él era capaz no sólo de causar la muerte de un ser humano, sino también de procrear.

–Estoy dispuesto a demostrárselo una vez refresque, por supuesto –se dirigió a la nueva camarera, que, intrigada, escuchaba la conversación.

Joseph, para ocultar que ese comentario lo había incomodado, forzó una tos.

–¿Ah, sí? Lo dudo –retó la chica a Mitscherlich.

Cuatro de los presentes echaron a reír mientras Connor volvía a toser, avergonzado.

–En ese caso, deje la bandeja y pasemos por alto el factor meteorológico –propuso Mitscherlich, chistoso.

–Desconozco sus dotes masculinas, mayor, pero sus modales dejan mucho que desear –llamó al orden a Mitscherlich el comandante de la tripulación.

Mitscherlich era una persona pagada de sí misma: admiraba con fervor sus recientes canas, su perfil, los dedos de los pies, su risa, su tos con esputos, su manera de acercar la copa a los labios, su independencia y su brusquedad.

Logró contener la ira que le habían provocado las palabras del comandante y replicó:

–Lo que usted acaba de decir no es menos grosero.

–Es proporcional a la grosería con que ha tratado a esa mujer.

La camarera, mientras tanto, se había marchado de la terraza. Mitscherlich, sin salir de su asombro, preguntó al comandante:

–¿Se refiere a esa pequeña mona gafuda?

–Es una chica y tiene la edad de mi hija –fue la respuesta de Barents.

Entonces tomó la palabra Black, que discurrió, hablando deprisa pero con voz monótona, acerca de la igualdad de todas las personas en el momento del nacimiento y de la muerte. A ese respecto, afirmó Black, lo que se debía hacer durante el breve instante que duraba la vida, acotada por los dos abismos que igualaban a todos, era respetar las leyes que no distinguían entre negros, blancos, amarillos, ricos y pobres.

Sin esperar que el otro acabara de hablar, Dill observó:

–Por lo que se ve, la filosofía de Black se limita a la exigencia de hacerle la pelota al comandante y de censurar al capitán.

–¡No sea bestia! –se dirigió al radiotelegrafista con un grito sonoro y en tono autoritario Black, que por un momento abandonó la melancolía que le caracterizaba.

–Eh, muchachos, dejen de discutir ya –musitó Connor–. Nadie tiene la culpa; todo eso nos pasa porque estamos hechos unos vagos.

Como lo dijo el más pequeño de la tripulación, un mocoso y un goloso, sus palabras, aunque justas, sonaron algo cómicas, lo cual provocó que cada uno de los presentes pronunciara una frase burlona en clave autocrítica.

Mitscherlich observó en un tono poco propio en él:

–La inteligencia y la honradez no quitan que uno pueda ser un cero a la izquierda. En eso, es igual a los demás. Ésa es la razón de que digan que todos los hombres son hermanos.

–Y cada cual se ama a sí mismo más que a los demás, y en eso todo el mundo se parece –señaló Black–; la igualdad universal también es eso. La única diferencia es que mientras uno hace alarde de su narcisismo, como Mitscherlich, otro lo cultiva en secreto, como Barents; y otros, como yo, disfrutan aparentando amar a su prójimo más que a sí mismos.

–Amén. Me siento un estúpido entre vosotros. Dan ganas de sacar una libreta e ir anotando vuestras sentencias –dijo Dill.

–Las mías no, desde luego –masculló Barents.

–Todos vosotros tenéis algo en que ocupar vuestro tiempo, mientras que yo me aburro tanto que corro el riesgo de idiotizarme por completo, lo cual, en mi caso, no sería muy difícil –se quejó Connor.

El buen humor y la actitud autocrítica les había durado tan sólo unos minutos. De pronto la conversación giró hacia el tema de la guerra.

—No hay que olvidar que estamos luchando contra el mal absoluto: el fascismo. Es una causa por la que merece la pena morir, o debemos olvidarlo —apuntó Black.

—Es verdad. Pero ya me diréis cómo puede uno pensar en ello mientras cae en picado dentro de un avión envuelto en llamas. En momentos como ése te olvidas incluso de tu propio nombre —objetó Dill.

—Desde luego, la muerte es una caca, ¿verdad? —preguntó de repente Mitscherlich a Joseph, chascando los labios como si le hablara a un bebé—. Pero el Gobierno es el responsable de justificar esa guerra, yo ya tengo bastante con jugarme el pellejo. Sólo faltaría que luego dijeran que la guerra ha sido injusta y tuviera que responder por ello con mi cabeza.

—Nadie podrá escurrir el bulto —observó Barents.

Esas palabras suscitaron la oposición general; se alegó que a un soldado no se le podía hacer responsable por haber cumplido órdenes.

—Yo me refería a la responsabilidad puramente moral —se corrigió Barents.

A lo que Black argumentó:

—Sabes, es el tipo del armamento utilizado el que exime de toda responsabilidad. Al principio, cuando se abatía al adversario destrozándole la cabeza con un garrote y uno acababa con la cara salpicada de su masa encefálica, sí se podían atribuir responsabilidades.



Con el paso del tiempo, la distancia que separaba a los contendientes en el campo de batalla ha ido aumentando hasta alcanzar la que podía ser recorrida por una saeta o una lanza, de suerte que a quien disparaba sólo le llegaba el grito del enemigo abatido. Más tarde, con la introducción del arcabuz y el mosquete, únicamente se veía desplomarse a la víctima sin que se la oyera exhalar ni un gemido. Primero, el blanco a batir tenía la forma de un hombrecillo de colores, que luego se transformó en una pequeña figurilla gris y ésta, en una silueta confusa, para acabar convirtiéndose en un puntito; finalmente, ya no sólo el blanco humano se había vuelto invisible, sino también todo un buque de guerra... ¿Quién es el responsable, entonces? El que vigila las líneas enemigas para reglar el fuego es un simple observador que no aprieta el gatillo; son los artilleros los que disparan pero ellos, en cambio, no ven el blanco, sino que se orientan por valores numéricos proporcionados por aquél. ¿De qué se les podría responsabilizar? Está claro que los que aprietan el gatillo no son los verdaderos responsables.

—Jamás he visto a un japonés uniformado —observó Joseph.

—Es de risa. ¿Por qué tendría que saber un chaval lo que pretende el mando? —intervino Dill—. Para aclarar el asunto, yo dibujaría un gráfico cuya ordenada indicara el alcance de tiro y la abscisa, el grado de responsabilidad moral del tirador. En caso de que la línea del gráfico tendiera a cero, el grado de respon-

sabilidad se volvería infinitesimal y se podría incluso dejar de tenerlo en cuenta. Por lo demás, algo bastante habitual en el cálculo.

Por la noche, el joven artillero escribió una carta:

«Querida mamá: si supieras lo mucho que te echo de menos. No tengo ninguna culpa de que la gente de aquí me interese más bien poco. Estoy harto de sus diversiones, discusiones y borracheras.

Si supieras cuánto me gustaría estar contigo... Te voy a ser sincero, y no sólo porque te quiero más que a nadie en este mundo sino también porque sólo tú entiendes que, por mi carácter, estoy más cerca de los niños que de los adultos, y que eso de tomar copas y mantener conversaciones ambiguas no va conmigo. Muchas veces tienen que avisarme para que vaya a cenar en vez de quedarme en la cancha haciendo deporte hasta que oscurezca. Hoy, cuando me acueste, comprobarás lo bien que he plegado la ropa y me he tapado. Mis compañeros no practican deporte a causa del calor y se burlan de mí porque no me gusta jugar a las cartas y hacer otras cosas que a ellos les encantan, como emborracharse y luego mantener conversaciones intelectualoides. Y no parece tener fin. Hoy Black habló sobre los objetivos de la guerra, pero al final no me quedó claro qué tenía que ver yo con todo ello. Yo sé lo que quiero: regresar contigo y con toda nuestra familia, volver a ver mi cuarto, nuestro patio y nuestro jardín, volver a cenar contigo y oír tu voz...»

A la mañana siguiente, el comandante fue convocado a una reunión en el cuartel general. Tras regresar a su casa, llamó por teléfono a los demás miembros de la tripulación para que se reunieran con él.

Le encontraron en el jardín, donde estaba desenterrando raíces peludas y marrones que parecían orugas, con brotes cilíndricos de color ámbar. Una vez las tenía fuera, les colocaba capuchones de papel con fechas e inscripciones. El cuello y las orejas de Barents habían enrojecido a causa del esfuerzo: estaba completamente inmerso en su trabajo de jardinero.

—Hemos recibido la orden de despegar esa misma noche —informó. Acto seguido se puso en pie, enderezó el cuerpo, se limpió las manos y entornó los ojos, borrando de su aspecto todo rastro de jardinero.

—¿Una misión de combate? —preguntaron los cuatro a la vez.

—Sí, el arma nueva. Ya sabéis a lo que me refiero; el capitán nos habló del tema en la reunión secreta. Pero esta vez, no sé por qué, llevaremos a un pasajero. Además, nos escoltarán dos Boeing 29.

—¿El objetivo y la ruta ya están decididos? —preguntó Mitscherlich.

—Sí, pero no recuerdo el nombre de la población; ahora lo comprobaré, lo he apuntado. Hay una orden expresa que prohíbe desviarse de la ruta marcada. Os haré llegar toda la información.

—¿Y las comunicaciones? —se interesó Dill.

–He recibido instrucciones. En resumen, estará usted bastante ocupado.

–¿Hay alguna disposición especial para mí? –quiso saber Connor.

–No muchas. Ningún objetivo en concreto, la parte céntrica de la ciudad, aproximadamente; espere que se lo confirme... Lo único que está señalado es la altura: seis mil metros justos, ni más arriba ni más bajo.

En cuanto a Black, no hizo ninguna pregunta; estaba furioso como siempre que tomaba conciencia de las distintas posiciones que ocupaban dentro de la jerarquía el comandante y el copiloto. Según creía, le correspondía a él, Black, dar instrucciones a la tripulación en lugar de Barents.

–Estará usted extrañado, ¿verdad? –se dirigió Mitscherlich a Barents.

–No es del todo habitual, desde luego –reconoció Barents, indeciso.

A lo largo del día, les volvieron a convocar en dos ocasiones al cuartel general para conversar y repetirles una y otra vez las instrucciones. Luego les presentaron al pasajero que llevarían: un coronel flaco y cargado de espaldas, de ojos azulados y miopes, con una calva ancha y perfectamente redonda, como si la hubiesen trazado a compás, y unos modales y movimientos impropios de un militar.

–Tiene pinta de profesor de medicina, propietario de una clínica –opinó Mitscherlich del coronel.

–Cierto, algo así como un boticario, aunque tam-

bién podría ser el vicepresidente de Estados Unidos –señaló Dill.

Acompañados del pasajero, se dirigieron en coche hasta la aeronave.

El coronel parecía estar especialmente interesado en el artillero: una vez a bordo del avión, interrogó a Connor, examinó el visor automático y el mecanismo de lanzamiento de bombas. Por el tipo de preguntas que hizo, se notaba que no era un profano en la materia. Tal vez fuera un inventor. Ninguno se había quedado con su apellido cuando se lo habían presentado. Luego comprobaron el buen funcionamiento de los motores y aparatos de navegación.

El capitán supervisó personalmente todos los preparativos, mientras que el coronel regresó a la base. A continuación, la tripulación fue sometida a una exhaustiva revisión médica. Después de tomar unos baños relajantes, los pilotos fueron enviados a dormir.

Antes de despegar, estuvieron sentados en la terraza bebiendo té fuerte y helado, mientras contemplaban la franja estrecha de la carretera y las enormes flores que blanquecían como cirios en la oscuridad, y escuchaban el chapoteo suave del oleaje y el runrún del generador de la estación de radio. No estaban especialmente preocupados por el aire de misterio que envolvía la misión. Al fin y al cabo, cualquiera que fuera su auténtico objetivo –reconocimiento, el arma nueva, la última prueba de la aeronave antes de comenzar su fabricación en serie, una

acción disuasoria o un paseo de un alto mando—, las órdenes estaban para cumplirlas...

Camino del aeródromo, Joseph se sentó al lado del chófer, un joven simpático y risueño con la piel y el pelo morenos, como los de un griego. El coche avanzaba con rapidez; la luz azul de sus faros iluminaba los alrededores imprimiéndoles un aire fantástico.

Fue entonces cuando Connor tomó conciencia con especial claridad, quizá como nunca antes, del carácter dichoso de la vida, esa vida que extendía su benevolencia y generosidad por igual a jóvenes y viejos, perros y ranas, mariposas y gusanos...

Sofocado y acalorado por aquel arranque de felicidad repentina, con la frente empapada en sudor, tuvo ganas de cometer alguna locura que le hiciera sentir en toda su plenitud sus veintidós alegres primaveras, la considerable anchura de sus hombros, la ligereza y rapidez de sus movimientos, el latir de su corazón joven y alborozado, su amor por todo lo que vive.

Cuando el coche se hubo detenido en la orilla, Joseph pidió permiso a Barents:

—¿Puedo ausentarme diez minutos?

—Claro, hay tiempo —asintió éste.

Joseph corrió hacia la masa oscura que formaban los árboles en la orilla, se sentó en el suelo, se quitó rápidamente la ropa y fue caminando por la arena aún tibia hacia el agua. De pie en la hondonada de la playa, aislada por la arboleda del resto del mundo,

frente al océano que movía sus anchas aguas con perezosa pesadez, volvió a sentir el rapto de una dicha sin motivo.

Echó a correr, se zambulló y se puso a nadar. El mar estaba caliente. Mientras braceaba, hundía con frecuencia la cabeza en el agua. Los labios le sabían a sal; finos chorros de agua le caían del pelo mojado, le hacían cosquillas en las sienes y se le metían en los ojos. Con los ojos humedecidos, las estrellas en el cielo se veían especialmente hermosas. Gotas de agua le colgaban temblorosas de las pestañas, y en cada gota se disolvía un minúsculo cuanto de la luz estelar. Sin duda porque aquella luz viajaba a través de los abismos del tiempo y el espacio, y porque las gotas saladas en las que se reflejaba absorbían el calor del cuerpo humano, un sentimiento extraño, dulce y opresivo a la vez, inundó el alma del muchacho... Mientras avanzaba por el agua, joven y lleno de vida, su presente y su pasado se fundieron en él: allí estaba el pequeño Joe, compasivo y curioso, con su bata de niño, mirando a los ojos tristes de su padre, que acababa de regresar de trabajar, y escuchándole decir con voz enronquecida: «Hola, mi querido hijito», al tiempo que oía el rugido triunfante de un bombardero cuatrimotor por encima de dos océanos superpuestos –uno de nubes blancas y el otro de aguas oscuras–, mezclado con el zumbido dentro de la cabeza de pelo rubio e hirsuto tras la primera borrachera...

Tuvo la sensación de haber nadado otras veces en el agua caliente, de noche, y de que el mundo

había sido igual de hermoso. La luz estelar sobre sus pestañas húmedas le resultaba tan transparente, familiar y cercana como una madre; esa luz que llegaba desde insondables espacios intergalácticos, desde Sirio, desde Velas y Mosca, desde Hidra y Centauro, desde las Nubes de Magallanes... Fue en ese instante cuando sintió un vínculo fraternal y filial, de amor y ternura, con todo lo que estaba vivo sobre la faz de la Tierra y en el fondo del mar, con los proteos ciegos de las aguas de las cuevas subterráneas y todos los seres vivos, cuyo aliento tenue y amoroso le llegaba desde las estrellas a través del espacio y le acariciaba las pestañas con su frescura suave y azulada.

Lanzó un grito de júbilo, se sumergió en el agua, volvió a la superficie, miró de nuevo hacia el cielo a través de las gotas que le recorrían los ojos, profirió otro grito y, presa de un repentino miedo infantil a que un pulpo o un tiburón le atraparan, fue nadando hacia la orilla.

## II

Llevaban dos horas en el aire. El avión seguía con exactitud las indicaciones de los aparatos de navegación. Una nubosidad compacta y gris abarcaba la inmensidad del cielo.

La coordinación entre los tripulantes había llegado a su punto álgido: sentían la aeronave como un



Traducción del ruso: Andréi Kozinets

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2013

© The Estate of Vasili Grossman, 2013  
© de la traducción: Andréi Kozinets, 2013  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Depósito legal: B. 21388-2013  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-884-6  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5592-8  
N.º 34330

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)